

Origen, retrospectiva de un encierro.

Buenas noches.

Quiero comenzar por lo más importante: dando gracias.

Antes que a nadie, a la vida,

que con su eterna magia,

me regaló sin pedirlo, pero deseándolo, inaugurar en el día de las madres...

A Camila, alcaldesa de Vitacura,

y al equipo humano sensible y comprometido de Lo Matta,

encabezado por Juanita Mir e Ignacia Vargas, quienes no sólo me creyeron,

sino también me han permitido desplegar me con libertad,

lo cual ha sido emocionante...

Gracias infinitas a ustedes:

mi útero / familia;

Gonzalo, Paloma, Delia y León.

De ustedes son también estas obras...

Gracias por aprender a mantener cerrada la puerta de mi taller y dejarme trabajar.

Y les pido un poquito de perdón si a veces, a pesar de estar, me encontraba ausente.

Gracias a Virginia Edwards, mi madre, quien con su refinada curiosidad encontró los papeles en una bodega y tuvo la intuición de regalármelos...

A mi padre, Carlos Alberto, quien como una polilla rededor de una luz, insiste en creer en mí...

A Yinette Gallegos quien, con su genuina ternura, me cuidó las espaldas para poder desaparecer...

Y a cada uno de mis familiares

y seres vivos, delicados y nobles, que me han contenido durante este proceso creativo, tan bonito, pero doloroso y vulnerable a la vez.

Podrán ver dos exposiciones: en la sala de abajo, llamada "jardín", están mis obras pre-pandemia, donde celebro a la naturaleza y al color a través del gesto pictórico. El virus se encargó de dejarlas atrapadas.

Aquí, en la sala "origen", está mi obra del encierro, un ejercicio interior profundo y sacro que viví acompañada por las hojas de maíz.

Pensé que sería poco justo dividir las.
Es más, me pareció interesante compartir el proceso creativo mostrando ambas...

La curatoría se la encomendé
a mis hermanas, hijas, madre y sobrinas, fue lo más consecuente y honesto de hacer.

Fueron ellas,
las que con su hermandad inquebrantable y refinada
mirada femenina
lograron este precioso montaje.
Estoy agradecida hasta el alma.

Me senté innumerables veces,
ya de noche, en el jardín.
Cerraba los ojos para imaginar mi obra exponiéndose.
En esos viajes siempre oí crujir el piso,
vi vigas de madera sosteniendo historia
y casi pude palpar la robustez de los muros conteniendo el peso de la tierra.
Mis papeles, posándose libres en un espacio tranquilo...
Afuera... árboles y pájaros.
Un lugar donde niños, curiosos, cultos, tímidos y alegres,
fueran acogidos.
Un espacio sin prejuicios, sino más bien democrático,
O sea, aquí...

No lograré jamás resumir todo en un instante, pero igual quisiera abrir un portal y
preguntar: ¿cuántas mujeres aquí presentes sienten que se han postergado?

Los sinónimos de postergar son: aplazar o diferir; retardar o retrasar; relegar u olvidar...
Pregunta que inmediatamente desata una dicotomía porque... ¿Seríamos las mismas si
no lo hubiésemos hecho?

Tal vez postergación no es la palabra, sino más bien, valentía.
Valientes con nosotras mismas por ponernos en pausa algunos períodos de nuestras
vidas mientras criamos en tiempos faltos de tribu,
pero tan sobrados de angustia...

Mientras, hacemos el esfuerzo de cultivarnos en silencio,
esperando con melancolía contar con el tiempo o cuarto propio, con la misma tácita
libertad que lo hacen la mayoría de los hombres.

Y no generalizo, les hablo a las que les hace eco, porque a pesar de que hemos
avanzando conquistando el lugar que nos pertenece, aún, nos falta.

Y no es arrepentimiento, al contrario,

es asumir lo generosas que hemos sido,
e invitarlas a sentir que nunca
es demasiado tarde...

Después de un largo período de introspección trabajando aislada y cuestionándome ,
fui despojándome del miedo que da el "no pertenecer". A medida que fui aceptando
mi soledad, elegí sumergirme de manera profunda en el jardín.

Es así como el oficio de jardinera se transformó en mi religión...
Es con las plantas que aprendo de ritmos, ciclos y respetos.
Es con las manos en la tierra que conozco de formas y colaboraciones que despiertan
en mí la compasión y admiración.
Es donde vuelvo a la esencia que me conjugó mientras me criaba inocente en una
dehesa llena de acequias, árboles , flores, pájaros e insectos.
Es en el jardín donde contemplo, agradezco, y a veces, lloro...
porque percibo su respiración,
y su energía pulsan mi corazón.
Percibo su mirada,
esa mirada respetuosa,
de soslayo,
no impositiva,
pero honesta,
que no me invade,
sino más bien me insta a ser cada vez más expansiva...

Entonces, mientras más hondo calo mi relación con el jardín, más distancia voy
tomando de los referentes,
sobre todo, los importados.
Me alejo también de la industrialización
y del consumo excesivo,
los que me generan un mal dormir
mientras contaminan mi alma,
al tiempo, que degradan el ecosistema...

Hoy, sólo me conmueve lo que está bajo mis pies,
lo que sostengo entre mis manos,
y las almas ancestrales que vuelan sobre mi cuerpo...

Las hojas de maíz, con su aparente simpleza, pero profunda elegancia, tomaron mis
manos para enseñarme oficios que nunca antes quise asumir.
No les fue fácil domesticarme,
pero finalmente logré aprenderlos.

Entonces,
el proceso mientras labras,
se devela así:

planificas y ordenas.
tiñes sentimientos en un otro,
das amor revolviendo la batea,
planchas asperezas que borran rabias,
lavas y limpias tu nido constantemente, enhebras la aguja una y mil veces intentando
reparar algún órgano herido.
Y usas hilos para crear una trama que sostenga y así conformen una patria
para que cuando alguno caiga,
lo haga en tierra fértil...
Porque las mujeres hacemos eso...
Elaboramos un tejido honesto capaz de enmendar y recomponer sin cesar ni claudicar,
mientras parimos en él;
hijos, creaciones y costumbres, construyendo así, nuestra cultura....

Para terminar.
Finalmente puedo compartir mi obra oculta,
hacerlo, es como en las plantas;
si no se dejan florecer para que terminen su ciclo, dejan de existir.
Entonces,
hoy existen gracias a ustedes que están aquí.
Así es que gracias por estar
y gracias por venir...

Soledad Urzúa Edwards